SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR

Día 5 de febrero

P. Juan Croisset, S.J.

Santa Águeda, la primera de las cuatro principales vírgenes y mártires del Occidente, tan celebradas en la universal Iglesia, nació en Sicilia, hacia el año del Señor de 230. Hay noble competencia entre las dos famosas ciudades de Catania y Palermo sobre cuál de las dos tuvo la gloria de haber sido cuna y patria de nuestra Santa; pero lo qué está fuera de toda duda es que en tiempo de la persecución vivía Águeda en Palermo, y que padeció martirio en Catania. Era su casa una de las más nobles de Sicilia, y, como sus ilustres padres profesaban la religión cristiana, criaron á la niña en toda piedad, desvelándose en darla una educación correspondiente á su noble nacimiento.

Desde luego descubrió Águeda un entendimiento vivo y despejado; era rica, era hermosa, tanto, que pasaba por la mayor hermosura de su tiempo; pero lo que la hacía más sobresaliente era su singularísima virtud. Descolló tanto en ella desde sus más tiernos años, que desde luego hizo voto de no tener otro esposo que Jesucristo, consagrándole su virginidad, siendo ya desde su infancia el ejemplo y la admiración de todas las doncellas.

No pudo ver sin mucha irritación tanta virtud el enemigo común de nuestra salvación. Excitó furiosas tempestades, para que naufragase en ellas su voto y su constancia. Declaráronse pretendientes de su mano cuantos caballeros nobles tuvieron noticia de su

hermosura y de sus prendas; mil veces la combatieron, pero nunca la expugnaron; contando las victorias por las batallas, y las palmas por los choques.

Hallábase Águeda en Catania cuando Quinciano, gobernador de Sicilia, oyó hablar del extraordinario mérito y de las raras prendas que adornaban á la tierna sierva de Jesucristo. Quiso verla, y por la relación que le hicieron, así de sus grandes riquezas como de su singular hermosura, se resolvió desde luego á pretenderla por esposa, y al punto envió por ella.

Cuando Águeda tuvo noticia de la orden del gobernador, no dudó que el Señor había aceptado el sacrificio que le había hecho de su vida, y creyó firmemente que ya se había llegado el tiempo de cumplirle. Encerróse en su cuarto; y llena de gozo con la esperanza de juntar la corona de mártir á la de virgen, hizo al Señor esta oración fervorosa: *Señor mió Jesucristo, mi Dios y mi divino Esposo, bien conocidos tenéis mis pensamientos; patente os está de par en par mi corazón: Vos solo sois su único Dueño, y Vos lo seréis eternamente: ni sufriré jamás que ninguno entre á dividir con Vos el imperio. Esposa vuestra soy, libradme de este tirano; oveja vuestra soy, defendedme de este lobo. Ea, Señor, concededme la gracia de que sea sacrificada como humilde víctima, que está consagrada á Vos desde que la razón y la libertad me permitieron la dicha de haceros este obsequio. La hora del sacrificio se acerca; franquéense, Señor, vuestros oídos á la piedad ardiente de mis amorosos votos.* Acabada la oración, se levantó animosa, y tomó el camino de Catania. En todo él no se ocupó su pensamiento sino en considerar qué dicha tan grande era la de derramar la sangre por amor de Jesucristo; el viaje era una oración continua, y alentado el corazón con nueva confianza, así caminaba á la muerte, como pudiera caminar á un triunfo.

Acababa de publicar el emperador Decio edictos severos y terribles contra los cristianos. Pareció á Quinciano que ésta era bella coyuntura para el logro de sus intentos, obligando á la Santa á condescender con ellos, ó á renunciar á la religión cristiana. Viola, y quedó tan ciegamente prendado de su belleza, que, no teniendo valor para hablarla como juez, se contentó con entregarla á una maldita vieja, llamada Afrodisia, cuya profesión era engañar á las doncellas, siendo su casa escuela de disolución y teatro de lascivia.

No podía el tirano condenar á nuestra Santa á suplicio más cruel, ni que la causase más horror, ni es posible declarar cuánto tuvo que padecer la purísima doncella de solicitaciones importunas, de tratamientos durísimos, de menosprecios y de ultrajes por espacio de un mes que estuvo en aquella infame casa. No hacía más que derramar su corazón en la presencia de Dios, por los ojos en un precioso llanto, y por la boca suspiros y oraciones, suplicándole no la desamparase en tempestad tan deshecha. Dióse por vencida la porfiada solicitud de Afrodisia, y, pasando al palacio de Quinciano, le dio el último desengaño, declarándole que antes ablandaría la obstinación de un diamante, que lograr hacer mella en el corazón de Águeda; *porque, señor,* concluyó la perversa vieja, *esta doncella es cristiana; y, siéndolo, ¿qué esperanza pude haber de pervertirla?*

Al oír estas palabras mudó de afectos el pecho del gobernador, y apoderándose la saña, el coraje y el furor del lugar que antes ocupaba el amor ciego, juró por los dioses inmortales que había de hacerla padecer los más terribles tormentos. Mandóla comparecer delante de sí, y, arrojando centellas por los ojos, la preguntó cómo se llamaba y de qué familia era. *Mi nombre es Águeda,* respondió la Santa, *y mi familia la conoces tú muy bien; conque no puedes ignorar quién sea yo. Pues ¿cómo,*

replicó Quinciano, *habiendo nacido libre y de casa tan ilustre, te has querido adocenar con la miserable condición de los esclavos? Si el ser sierva de Jesucristo es ser esclava,* respondió la santa doncella, *desde luego hago gloriosa vanidad de esta noble esclavitud; porque no conozco ni mayor ni aun verdadera nobleza sino la de servir á éste Señor.* Instóla el gobernador para que sacrificase á los dioses del imperio, amenazándola que, si no lo hacia espontáneamente, sabría obligarla con el rigor de los tormentos. *Tú quieres,* dijo la Santa, *que yo sacrifique á los dioses del imperio; pero ¿no me dirás qué dioses son ésos? Un pedazo de madera, ó un trozo de mármol que pulió el artífice en estatuas; un Júpiter que, según vuestras mismas historias, no hizo más proezas que escandalizar al mundo con sus maldades; una Venus que te avergonzarías tú de tener una mujer que se pareciese á ella.*

Irritado Quinciano con una respuesta tan discreta como animosa, mandó á los verdugos que descargasen en aquel hermosísimo rostro crueles bofetadas; y no atreviéndose por entonces á pasar adelante con el interrogatorio, ordenó la encerrasen en una obscura prisión, con esperanza de obligarla á que renunciase la fe, ó con resolución de exponerla á los más horribles tormentos.

Al día siguiente la hizo comparecer segunda vez ante su tribunal, y, disimulando el furor con la ternura, la preguntó con cariño artificioso si había pensado seriamente en mirar por sí y en salvar su vida. *Y como que he pensado,* respondió la Santa.—*Pues, hija mía, renuncia luego á Jesucristo,* replicó el tirano.—*¿Qué llamas renunciar á Jesucristo?,* respondió intrépidamente la santa doncella: *por lo mismo que he pensado con la mayor seriedad en salvar mi vida, no puedo renunciar á Jesucristo, porque ese Señor es mi vida. Ese es mi salud,*

Ese es mi único dueño. Quinciano, no pienses que tus amenazas ni tus tormentos han de hacerme titubear. No se abalanza con mayor ansia á una fuente de agua cristalina él sediento ciervo abrasado del calor y de la sed, que la que yo tengo de dar la vida por aquel dulce Salvador que me redimió hasta derramar la última gota de su sangre. Afila el acero, enciende el fuego: nada bastará á separarme de aquel dulcísimo Dueño á quien amo más que á mí misma. Quinciano, en una palabra, tú podrás quitarme la vida, pero no pondrás arrancarme la fe.

Puede concebirse, pero no puede explicarse, cuánto se enfureció el tirano al oír una resolución tan generosa. Mandó que al instante la extendiesen en el ecúleo, que moliesen aquel delicado cuerpo, que quebrantasen aquellos virginales huesos con bastones anudados, que rasgasen aquellas purísimas carnes con garfios, con uñas aceradas, y que abrasasen aquellos tiernos costados con planchas de metal encendidas. Tantos, tan crueles y tan repetidos tormentos, que, atropellándose unos á otros, estremecían y llenaban de horror á los circunstantes, y aun á los gentiles mismos, los padecía nuestra Santa, no sólo con heroica constancia, sino con indecible alegría.

Crecía la saña de Quinciano al paso que iba subiendo de punto el invicto sufrimiento de nuestra Águeda; y no contento con la inaudita crueldad de hacerla atenazar sus virginales pechos, llegó á la barbarie de mandárselos cortar. No cedió la santa doncella á un dolor tan vergonzoso como cruel, y sólo se contentó con zaherirle modestamente por aquella especie de horrible inhumanidad, protestándole que no por eso haría mella en su firmeza. Hallóse tan avergonzado Quinciano de verse vencido por aquella doncellita tierna, que segunda vez la mandó encerrar en la cárcel, con orden de que la dejasen morir allí de sus

heridas.

Apenas entró Águeda en el calabozo, cuando una celestial luz desterró su oscuridad, bañándole de resplandor. Dejóse ver en medio de ella el glorioso apóstol San Pedro, que la curó milagrosamente. Llegó á noticia de Quinciano, y la mandó comparecer tercera vez ante su tribunal; pero, sin darse por entendido de la milagrosa curación, que los gentiles atribuían siempre á efecto de hechicería, *Es menester,* la dijo, *resolverte desde este mismo punto á sacrificar á nuestros dioses, ó prevenirte para padecer tormentos más crueles que todos los pasados. — Como ni en el Cielo ni en la Tierra,* replicó la Santa, *reconozco más Dios que el que yo sirvo, nunca me resolveré á doblar á otro la rodilla.* Al oír estas palabras, revestido de nuevo furor el tirano, mandó que desnuda la arrastrasen primero por ascuas encendidas, y después por puntas y cascos de vasijas hechas pedazos. Sirvió el nuevo tormento de materia á nuevo triunfo. Apenas se dio principio á la ejecución, cuando se estremeció la ciudad con un espantoso terremoto; hundiéronse muchos edificios, se vino abajo una pared que sepultó entre sus ruinas á Silvano, consejero, y á Falcón, amigo de Quinciano, principales autores de su crueldad y atizadores ambos de su ira. Alborotóse el pueblo, y el gobernador se vio precisado á asegurar su vida con la fuga. Fue Águeda restituida á la cárcel, y apenas entró en ella, cuando hizo al Señor la oración siguiente:

Dios poderoso, Dios Eterno, que por puro efecto de tu misericordia infinita quisiste tomar bajo tu especial amorosa protección á esta tu humilde sierva desde que se hallaba en los primeros arrullos de la cuna, preservándola del contagioso amor del mundo, para que mi corazón ardiese únicamente en el purísimo incendio de tu amor; Salvador mió, Jesucristo, que has querido

conservarme en medio de tantos tormentos para mayor gloria de tu Nombre, y para confusión vergonzosa del poder de las tinieblas, dígnate de recibir mi alma en la eterna feliz estancia de los bienaventurados; ésta es la última gracia que pido, y que firmemente espero de tu infinita bondad. **Al decir esto expiró. Sucedió su preciosa muerte el día 5 de Febrero de 251. Al punto se apoderaron del virginal victorioso cuerpo los cristianos, y le dieron sepultura en la ciudad de Catania, con toda la veneración que correspondía á tan ilustre martirio.**

La Misa es en honra de Santa Águeda, y la oración es la siguiente:

¡Oh Dios, que entre las otras maravillas de tu poder supiste dar fuerzas aun al sexo más frágil, para que pudiese conseguir la victoria del martirio! Concédenos la gracia de que, celebrando la memoría de tu virgen y mártir Santa Águeda, podamos caminar á Ti por la imitación de sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 1 de la primera que escribió San Pablo á los corintios.

Hermanos: Considerad vuestra vocación, porque no la hicieron muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: antes bien, Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios; y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes; y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son, á fin de que ningún viviente se gloríe en presencia suya. Vosotros, empero, sois de él en Cristo Jesús, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificación y redención: por lo cual, según lo que está escrito, el que se gloría, gloríese en el Señor.

REFLEXIONES

Mirad bien cuál es vuestra vocación. Hacemos muy poca reflexión, ó, á lo menos, no consideramos tanto como debiéramos el beneficio de nuestra vocación al Cristianismo. Pudimos nacer (¿quién lo duda?) de padres herejes ó gentiles; y ¿no fue una singularísima gracia del Señor que naciésemos dentro del seno de la Santa Iglesia? ¡Oh qué gran dicha el haber sido reengendrado en las saludables aguas del bautismo! ¡ Oh qué favor ser parte de aquel pequeñuelo rebaño que reconoce por Pastor á Jesucristo! Nada hizo el acaso; todo fue obra de la Providencia. ¿Hemos comprendido bien el valor de este gran beneficio? No hay salvación fuera del gremio de la Santa Iglesia; hijos somos de esta Madre; enorme ingratitud será no apreciar como debemos un beneficio tan estimable; será indigna torpeza incurrir en falta de reconocimiento. Sin verdadera virtud, no hay mérito verdadero. La religión, la verdadera piedad, el fiel siervo de Dios, hacen respetables los hombres aun á los mismos espíritus angélicos. No hay mejor entendimiento, ni aun bueno, que el que hace un juicio sano de las cosas; no hay otra prudencia que la prudencia cristiana. Todo aquel que se burla, que hace chacota, que desprecíalas verdades de la religión, es despreciable. Digno es de compasión el que en medio de los mayores peligros se divierte sin conocerlos. Todo esto hace el que vive sin reflexión y sin freno. Jesucristo es nuestra verdadera, nuestra única sabiduría. Todo lo que no se conforma con su doctrina, todo lo que se opone á sus máximas, es error, es necedad. Toda nuestra gloria la debemos colocar en servirle; toda nuestra sabiduría debe consistir únicamente en obedecerle.

El Evangelio es del cap. 19 de San Mateo.

En aquel tiempo: Buscaron los fariseos á Jesús para

tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito al hombre repudiar por cualquier motivo á su mujer? El cual respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído vosotros cómo Aquel que crió al hombre desde el principió, lo hizo macho y hembra?, y dijo: Por esto dejará el hombre al padre y á la madre, y se unirá con su mujer, y los dos serán una misma carne. Y así, ya no son dos carnes, sino una. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Pues ¿por qué, dijeron ellos, ordenó Moisés el dar libelo de repudio y separarse? Respondióles: Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar vuestras mujeres; pero no fue así al principio. Sin embargo, yo os digo, que cualquiera que repudie su mujer, sino por causa de adulterio, y tome otra, adultera; y cualquiera que tome á la repudiada, comete adulterio. Dijéronle sus discípulos: Si es tal la condición del hombre en orden á la mujer, no tiene cuenta casarse. Y él los dijo: No todos entienden esta doctrina, sino aquellos á quienes es concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre; hay eunucos que han sido hechos tales por los hombres; y los hay que se hicieron eunucos á sí mismos por amor del Reino de los Cíelos. El que puede entender, entienda.

MEDITACIÓN

De las verdades de nuestra religión.

PUNTO PRIMERO.—Considera que las verdades de la religión son eternas, permanentes, invariables; que ni las sutilezas del ingenio pueden disminuir, ni el estrago de las costumbres ni la variedad de los tiempos pueden alterar. Ellas son únicamente las que, hablando en todo rigor, se deben llamar verdades.

Discurran los hombres como se les antoje; sofistiquen los mundanos y los disolutos todo cuanto

quieran; póngase de su parte el amor propio con todas sus sutilezas y trampantojos; reclame contra ellas el corazón humano, y amotínense contra ellas los sentidos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para otra cosa que para servir á Dios, para amarle y para complacerle; que nuestro único negocio es el de la salvación; que el camino del Infierno es ancho y muchos van por él; que la senda del Cielo es estrecha; que el mundo es enemigo de Cristo, y que no hay cosa más perniciosa que seguir las máximas del mundo. Siempre será verdad que una vida regalona y deliciosa no puede ser cristiana; que ninguno puede ser discípulo de Cristo no teniendo una vida crucificada; que el carácter del cristiano es la caridad, la humildad, la mortificación, las costumbres arregladas; que el pecado es el mayor de todos los males , y, hablando propiamente, es el único mal; que las adversidades y las cruces son tesoros para quien sabe aprovecharse de ellas; que toda nuestra felicidad consiste en estar en gracia de Dios, y la mayor de las desdichas en morir en su desgracia; que hay un Infierno, en que todo el poder de Dios se emplea en encender un fuego eterno para castigar eternamente á los pecadores; y que para ir al Cielo no hay otro camino que el de la inocencia ó el de la penitencia.

Siempre será verdad que, ni los que cometen injusticias, ni los deshonestos, ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los que se entregan al torpe vicio de la molicie (pecado de onanismo o los pecados de impureza solitarios) ó á otros infames pecados, ni los que retienen el bien ajeno, ni los avarientos, ni los dados á la embriaguez, ni los murmuradores, ni los que no perdonan de corazón las injurias, ni los que viven de rapiña, ni los idólatras, ni los herejes, ni los que están fuera del gremio de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, ó no se rinden con humildad á sus definiciones, siempre será verdad que éstos no poseerán el Reino de los Cielos. Esta

es la doctrina de nuestra religión; éstas las verdades eternas que la Iglesia aprendió del mismo Jesucristo; esto es lo que creemos; ésta es la ley que profesamos; éstos son los principios por donde se gobernaron los santos, y éste será el libro por donde todos hemos de ser juzgados. Vivamos como quisiéremos, sea el que fuere nuestro estado, nuestra condición ó nuestra clase, por esta regla se ha de gobernar nuestra vida, y ésta debe ser la pauta de toda nuestra conducta.

¡Oh mi Dios, y en qué insondable abismo de reflexiones no me introducen estas verdades! Y ¡qué manantial inagotable de arrepentimientos y de justos sobresaltos no brota de estas mismas reflexiones !

PUNTO SEGUNDO.—Considera si te servirán algún día de consuelo estas grandes é importantes verdades, ó si, por el contrario, no te llenarán de desesperación, sirviendo de motivo al decreto decisivo de tu condenación eterna, y á la sentencia más terrible de todas las sentencias.

¿Has arreglado hasta aquí tu vida á este indispensable modelo? ¿Han sido estas divinas verdades la regla de tus costumbres? Esta filosofía moral de Jesucristo ¿ha sido también la tuya? ¿Podrás decir con verdad: Desde mis más tiernos años he observado fielmente todas estas cosas, he caminado por este camino, he guardado estos mandamientos, no me he gobernado por otras máximas? Penetrado mi corazón de estas grandes verdades, ¿siempre amé á mi Dios con fidelidad, siempre lo serví con resolución, en nada he pensado sino en salvarme, nunca he perdido de vista á mi único fin, he conservado la inocencia bautismal toda la vida?

Y si he tenido la desgracia de perder esta inocencia

por el pecado, ¿me he dedicado después á hacer mucha penitencia? ¿He sido tan enemigo del mundo y de sus máximas, que me hayan causado horror sus vanidades? ¿Nos da buen testimonio de esto nuestra conciencia? ¿Es el Evangelio la regla de nuestras costumbres? ¿Es nuestra vida semejante á la vida de los santos? ¿Somos verdaderos discípulos de Cristo? Y ¿no prueban demasiadamente lo contrario nuestros deseos, nuestras palabras y nuestros pensamientos?

Dudar de los dogmas de nuestra religión es infidelidad. ¿Seremos más fieles si dudamos de su doctrina? Los *Artículos* deben ser la regla del entendimiento; los *Mandamientos,* de la voluntad; aquéllos nos enseñan lo que debemos creer, éstos lo que debemos obrar. Son las obras como el alma de la fe; y por eso la fe sin obras es una fe muerta. El cristiano que no vive arreglado á las verdades que cree y que profesa, no es más que fantasma de cristiano.

¡ Oh mi Dios! Y á vista de esto, la grande seguridad con que se vive ¿puede nacer de otro principio quede un funesto letargo? Todos creemos estas verdades tan grandes, tan importantes, mas no por eso somos mejores. Pero ¿quién nos hace vivir tan seguros? ¿Qué violencia es menester hacerse para salvarse? ¿Qué victoria de las pasiones? ¿Qué mortificación de por vida? ¿Qué pureza, qué rectitud, qué humildad? Por estas señas se conocen los escogidos; estos rasgos caracterizan los justos. Si á nosotros se nos pintara por ellos, ¿saldría el retrato parecido al original? El que no ve, ¿juzgará que está viendo una viva copia de las verdades del Evangelio?

¡Ah mi Dios, y cuánto tengo de que acusarme! Todo lo puedo, todo lo debo temer, á vista de las verdades prácticas de mi religión. Ellas forman mi proceso; pero, dulce Jesús mío, apelo al tribunal de vuestra

misericordia; y, pues me habéis hecho la gracia de abrirme los ojos para conocer mis descaminos, espero no me negaréis la de darme tiempo para repararlos, y para que de hoy en adelante arregle mi vida á las verdades que creo.

JACULATORIAS

Bienaventurados, Señor, los que, instruidos de vuestra santa ley, la practican y os buscan de todo su corazón.—*Ps.* 118.

Dirigid, Señor, mis pasos por la senda de vuestros Mandamientos, y no permitáis que me deje dominar de algún pecado.—*Ibid.*

PROPÓSITOS

1. Ten presente que los *Mandamientos de la ley de Dios* son tan de fe como los *Artículos.* El mismo Señor que nos enseñó los unos nos enseñó los otros; y tan de fe es que para salvarnos es menester vivir según el Evangelio, como lo es que Jesucristo es nuestro Salvador. Pues dedica hoy algún espacio de tiempo para examinar seriamente, y sin lisonjearte, si has vivido hasta aquí según el Evangelio. No te contentes con una ojeada superficial; indaga bien la virtud que te falta; pero no basta hacer este descubrimiento. Hallas que, en realidad, estás destituido de todas las virtudes; pues no te pares aquí, ni te desalientes: escoge dos ó tres virtudes de aquellas que te parecieren más necesarias, y, con el mayor fervor y confianza, pide al Señor te dé gracia para practicarlas; resuélvete generosamente á comenzar desde luego su ejercicio, proponiendo repetir sus actos en cuantas ocasiones se ofrecieren.

2. No te olvides de lo que dice el apóstol Santiago:

el que guarda toda la ley, quebrantando un solo mandamiento de ella, es como si todos los quebrantara, y se hace responsable de todos. Es decir, que tanto se menosprecia la autoridad del legislador con la trasgresión de un solo precepto, como con la de todos. La razón es, añade el Apóstol, porque el mismo que te dijo: no serás adúltero, el mismo dijo también: no matarás, no desearás la mujer ajena, no serás codicioso ni avariento, etc. En virtud de esto, guárdate bien de vivir muy tranquilo porque poseas ciertas virtudes, de que te lisonjeas vanamente, cuando quizá son más temperamento que virtud; sin darte mucha pena por adquirir otras, de que ciertamente careces.